

## LAS VIRTUDES HUMANAS Y EL TRABAJO

L. GARCÍA ALONSO

### UN TÉRMINO POLIVALENTE.

Existen ciertas acepciones del término trabajo, que obligan a entenderlo en sentidos más amplios o más restringidos, por ejemplo en función de aquello a lo que se opone.

El trabajo puede entenderse como el cuidado de lo extrafamiliar, cuyas funciones quedan delimitadas por medio de un contrato.

La extensión de esta acepción del trabajo, es bastante reducida; en ella no cabría la función educativa de los padres como trabajo, ni podría entenderse, como tal, la ocupación de la mujer en su hogar, etc.

En un segundo sentido, se entiende el trabajo como lo opuesto al «divino ocio». La contemplación es un polo, el trabajo el otro. La contemplación implica posesión, gozo en el término, en la meta, dispensación de la aspereza discursiva, absolución del ejercicio de las facultades locomotivas. Porque la contemplación es la actividad propia de Dios, contemplar es parecerse a Dios. Así lo entienden esos amables monjes cuyo lema reza «ora et labora». Así lo entiende el medievo, que a través de la estima del ocio contemplativo rescató al hombre del activismo que en nuestro tiempo lo devora.

Cabe todavía una acepción más amplia del trabajo, un sentido que abarca en ambición de trascendencia —al menos de trascendencia antropológica— tanto a las ocupaciones domésticas, como a la contemplación. Se trata del trabajo entendido como actividad, pura y simplemente.

Entendido así, la educación de la familia, las labores domésticas, las distintas actividades de tipo religioso, la atenta audición de una sinfonía —lo mismo que su escritura— son trabajo. Lo es pensar

en la demostración de un teorema de geometría, lo mismo que comprobar la hora preanunciada de un eclipse, o contemplar el ser. Lo es cavar un foso en una mina o viajar en un transatlántico en misión diplomática.

Los niños trabajan jugando, los viejos recordando, escribiendo cartas, ocupando el lugar más digno en el hogar... Los subnormales trabajan mirando, oyendo, moviéndose, sonriendo y llorando. El trabajo sólo se asimila a la utilidad en un contexto pragmatista. El gran bien que proporcionan los incapaces a la humanidad, es existir. No son útiles —los útiles son bienes medios, seres que no se aman de suyo, sino en función de otro —son bienes en sí— es decir bienes fines, que por su dignidad atraen por sí mismos el amor—, no son funciones de valor, sino valores sustantes.

Sólo tomando el «trabajo» en esta acepción, es posible afirmar que el hombre, en cuanto tal, trabaja. Porque en esta dimensión, toda actividad humana es trabajo. Se trata, también de una actividad inteligente —regida por la razón (característica que falla por accidente en aquellos hombres que no gozan del uso de razón)— y orientada al progreso del individuo y de la comunidad, tanto en su dimensión temporal, como en su dimensión eterna.

Así las cosas, puede comprenderse que ciertas características frecuentemente subrayadas como propias del trabajo, tales como el esfuerzo, la retribución, la contratación, el cansancio, la obligatoriedad... no pasan de ser más que consecuencias circunstanciales de algunos trabajos. Al terminar una de las conferencias de un simposium de filosofía, un ingeniero amigo mío me comentaba su desacuerdo con el expositor que había disertado sobre el trabajo atribuyéndole como esenciales algunas de estas consecuencias que menciono. Para mí, decía mi amigo, es más trabajoso estar aquí hoy, que ocuparme diariamente de los asuntos que manejo en mi oficina: «allí gozo». Yo, estoy de acuerdo con él, mientras escribo estas líneas, lo estoy pasando estupendamente bien.

En lo que se refiere a la retribución, conviene considerar los casos de los bomberos voluntarios y las enfermeras de guerra...

Si se trata de la dedicación, nadie parece tan poco dedicado a un asunto como un burócrata.

¿Cabe entonces una distinción específica entre el trabajo y el juego, pasando por: el estudio, la preparación profesional, la esco-

laridad infantil, la educación de la familia, los traslados a través de la ciudad? Todo parece apuntar hacia una respuesta negativa.

El trabajo, si se profundiza en su concepto, tiende a hacerse sinónimo de actividad, y a lo más a determinarse en ese tipo de actividad a la que podría llamársele ocupación.

El trabajo es la actividad mediante la cual el hombre se manifiesta como dueño de la naturaleza.

Sin embargo, actuar como dueño reviste dos significaciones fundamentales. La primera consiste en actuar de un modo superior al modo de actuar propio de lo poseído; pura y simplemente. Puesto que la actividad inmanente es superior a la transitiva, y la espiritual, superior a la sensitiva y a la vegetativa, toda acción específicamente humana, manifiesta su señorío sobre la naturaleza.

Actuar como dueño es también —esta es la segunda significación— tender a someter lo que se posee de derecho, para llegar a poseerlo de hecho: dominar lo que se resiste a ser poseído. Es este el ámbito de la acción transitiva, el terreno del arte, y, asombrosamente, también el ámbito de lo moral, el ámbito del dominio de sí mismo.

Especular es por tanto, simplemente actuar como superior. Transformar es someter, demostrar la superioridad sobre lo que ofrece resistencia.

#### EL TRABAJO Y LAS VIRTUDES.

«Para poder ser dueño de lo otro, hay que ser dueño de sí mismo». Para que el hombre pueda actuar como señor de la naturaleza, debe antes ser señor de sí mismo. El hombre que se posee a sí mismo, el hombre que no está esclavizado por los incentivos del ambiente o de su propia limitación, es el hombre virtuoso.

En este punto se conecta con el del trabajo el tema de las virtudes, porque precisamente el ejercicio de una actividad deja de ser arduo en cuanto se adquiere el hábito —el hábito, la virtud, dan junto con el bien hacer, la seguridad y la facilidad— de ella.

La preparación profesional se realiza simpliciter mediante la adquisición de los hábitos intelectuales —científicos, artísticos o ambos— correspondientes. Y «secundum quid» mediante el aprovecha-

miento de lo que llama ARISTÓTELES virtudes naturales, que no son otra cosa que inclinaciones temperamentales, o moldes ambientales bien sedimentados que garantizan ciertos patrones de actuación: así la sencillez, la laboriosidad, la responsabilidad, la cordialidad, etc. «virtudes» éstas que casi nunca lo son y que en la mayoría de los casos ni siquiera tienen que adquirirse.

#### LAS VIRTUDES MORALES.

De otro orden son las llamadas, desde los griegos, virtudes morales, que pueden reducirse a cuatro grupos primigenios: prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

Así como el hombre se prepara simpliciter para su trabajo profesional con las virtudes intelectuales y secundum quid con las naturales, debe prepararse simpliciter para alcanzar su fin último con las virtudes morales.

Puesto que trabajar es perfeccionar o perfeccionarse, ocuparse de la perfección eterna es un trabajo principalísimo. Pero es una ocupación «hueca», una ocupación cuyo ejercicio requiere de otra ocupación: una ocupación, que precisa de otra materia. Se vive la justicia cuando se tiene entre manos un asunto temporal que exija dar a cada uno lo que le corresponda. Se vive la templanza, cuando en los asuntos temporales se ejercitan las pasiones del concupiscible. El orden moral es un orden que se vive al orientar hacia el fin último del hombre, las actividades de suyo temporales e intrascendentes.

El orden temporal, que se distingue realmente del moral, puede ser informado por él, y funcionar no sólo como resorte para alcanzar el progreso temporal, sino también el eterno<sup>1</sup>.

No obstante la real diferencia entre estos órdenes, permite que mientras el valor informante ostente una calificación positiva, el in-

1. Cabe una segunda información: la que realiza la Caridad sobrenatural. Se trata obviamente del orden de la Gracia, el cual trasciende el discurso filosófico que aquí se sigue. A propósito de esta perspectiva consúltese las obras de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, cuyo pensamiento teológico sobre el trabajo ocupa un lugar principalísimo en la pastoral contemporánea, y ha inspirado en gran parte las cuestiones aquí esbozadas.

formado la tenga negativa. La historia nos presenta un buen número de reyes, generales, alcaldes... que siendo personas moralmente excelentes, fueron sin embargo pésimos gobernantes.

Lo mismo en el caso contrario, si bien en éste, el valor temporal será positivo sólo en un ámbito reducido y no en toda su amplitud —precisamente porque el bien temporal está subordinado al bien eterno—. Tantos gobernantes paradigmáticos —Mao Tse Tung, Isabel I de Inglaterra, Pericles— cuya dimensión moral deja, en contraste, tanto que desear.

Una postura de inspiración platónica, despreciará el elemento material —el sustrato temporal— de la acción humana, para identificarlo con el formal —el signo moral— y valorarlo no en cuanto eficaz, sino en cuanto moral. Una postura de inspiración materialista —democriteana— rechazará la independencia del orden moral y lo refundirá en el temporal afirmando que es moral lo que es eficaz (piénsese en el marxismo: es moral lo que sirve al Estado). Sólo a través de un sano aristotelismo pueden mantenerse la unión y la distinción, gracias a la doctrina hilemórfica.

Quando se habla de formar hombres buenos —buenos no en un ámbito reducido, en una ciencia o en un arte, sino buenos en cuanto hombres, esto es en orden a su fin último absoluto— se habla de formar hombres morales. Es preciso tener muy en cuenta que no es lo mismo decir hombre moral que hombre virtuoso; las virtudes son hábitos de muchas especies, no sólo hábitos morales. Pero, sobre todo es necesario tener muy presentes los requisitos esenciales de la virtud moral: voluntariedad, interioridad e integridad.

La virtud moral no es tal si no se trata de una determinación voluntaria, no puede confundirse con la inclinación temperamental, que es, en lenguaje aristotélico una virtud natural. Las vivencias morales ocurren en lo íntimo del hombre, en lo secreto: el orden de la virtud moral, es el de la interioridad. Las manifestaciones sensibles no hacen sino patentizar la realidad del acto interno, y, en ocasiones pueden aumentarlo o disminuirlo, pero no lo constituyen. La virtud exige integridad, exige que el hombre virtuoso lo sea en todos los aspectos, y sólo lo será si se trata de un hombre prudente, si la virtud de la prudencia informa a las otras virtudes morales.

Es importante, porque es una característica propia del hombre, que el hombre sea un buen trabajador. Es más importante, porque es su causa final, que sea un buen hombre.

En este punto conviene no confundir los planos. A mí me interesa que mi zapatero, además de remendar bien los zapatos, sea honrado —si hurtara mis zapatos viejos se llevaría parte de mi felicidad— y que sea puntual. Esto podría expresarlo con la fórmula ya usada: no me interesa que mi zapatero sea un buen zapatero solamente, sino también un buen hombre. ¡Ya está! en estas afirmaciones se ha deslizado ya el sofisma: la confusión de las virtudes morales con las naturales, la confusión del orden moral con el eficaz. Si el zapatero es honrado por inclinación natural o por conveniencia comercial, es claro que ello no constituye una virtud moral, y que tampoco lo hacen un buen hombre, sino, precisamente, un buen zapatero. A los pintores, junto con el hábito artístico de la pintura se nos desarrolla el de la paciencia, a los médicos el de la afabilidad, a los diplomáticos el de la mesura, a los contadores el del orden. Ninguno de estos hábitos hace buenos moralmente a ninguno de estos profesionales, los hace mejores profesionales, no mejores hombres. Un hombre ordenadísimo para la contabilidad puede a la vez padecer de un gran desorden mental, precisamente porque la integridad no es propia de la virtud natural, sino de la moral: quien alcanza el orden como virtud moral, será ordenado en todos los aspectos y no sólo en algunos.

MAQUIAVELO aconseja al príncipe no sólo que sea un buen técnico del gobierno, sino que se muestre afable, tenaz, digno... parece como si la sugerencia del inmoral renacentista, se hubiera seguido prodigando para empeñar las intenciones y con ellos corresponder los actos humanos<sup>2</sup> «conviene ser un buen hombre para tener triunfos temporales». No comprendió MAQUIAVELO que sólo se puede ser un hombre virtuoso simpliciter, sólo se puede ser un buen hombre en cuanto tal, si lo que se intenta precisamente es el bien eterno.

#### DISTINGUIR PARA UNIR.

No solamente es lícito, sino muy conveniente el hacer ver a los hombres que para servir a los demás y triunfar temporalmente no

2. Para que un acto humano o libre sea moral, es preciso que lo sean cada uno de sus elementos: el objeto, el fin —la intención— y las circunstancias.

les basta con la mucha adquisición del correspondiente hábito intelectual, sino que necesitan de una corte de disposiciones voluntarias, de buenas costumbres, de maneras cuidadas. Pero hay que evitar decirles que con ello se convierten en hombres buenos en cuanto tales.

Si el hombre no padece miopía, querrá saber, además, cómo ser un buen hombre «simpliciter», cómo ser eternamente feliz. Hay que responderle que no basta para ello con que sea un buen profesional, por vasta que sea la corte de «virtudes naturales» que acompañen a un hábito intelectual. Le son indispensables las virtudes morales.

A esto hay que añadir que el grado de perfección de su desempeño profesional, no obstaculiza el desarrollo de sus virtudes morales, ni es algo indiferente. La naturaleza humana exige perfecciones en todas sus dimensiones: no sólo cara a lo eterno, sino también cara a lo temporal. Se trata de realidades distintas, pero que no se oponen: una asume a la otra.

El trabajo ennoblece al hombre en cuanto trabajador, pero si está hecho a impulsos de una intención moral, si está informado por la virtud moral, entonces el trabajo, cualquier actividad libre del hombre, lo ennoblece no sólo en cuanto trabajador, sino, precisamente, en cuanto hombre.